

www.puntodelectura.es

WERNER HERZOG (COORD.)

Vaya País

Cómo nos ven los corresponsales
de prensa extranjera

punto de lectura



Título: Vaya país

© De los textos (por orden alfabético): Patricia Alvarado, Henk Boom, Peter Burghardt, Michela Coricelli, Martin Dahms, Werner Herzog, Gerrit Jan Hoek, Paul Ingendaay, Masako Ishibashi, Elizabeth Nash, Edward Owen, Jyrki Palo, Nuno Ribeiro, Barbara Schwarzwälder, Martine Silber, Cécile Thibaud, Carla Vitzthum, Reiner Wandler.

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: febrero 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-6899-6

Depósito legal: B-2.429-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Rudy de la Fuente

Fotografía de portada: ilustración de Rudy de la Fuente sobre una fotografía de

© Corbis / Cover

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

WERNER HERZOG (COORD.)

Vaya País

Cómo nos ven los corresponsales
de prensa extranjera

Índice

<i>Dieciocho pares de ojos y un solo amor.</i> Prólogo de Miguel Ángel Bastenier	11
CAPÍTULO I. <i>Picadillo español. Los británicos al asalto del país.</i> Edward Owen (Reino Unido)	15
CAPÍTULO II. <i>A la búsqueda de un grito.</i> <i>La interminable lucha contra la burocracia española.</i> Jyrki Palo (Finlandia)	31
CAPÍTULO III. <i>En el laberinto nacionalista.</i> <i>Venturas y desventuras de una catalanoalemana.</i> Barbara Schwarzwälder (Alemania)	41
CAPÍTULO IV. <i>El horario imposible. Tribulaciones de una americana que quiere trabajar.</i> Carla Vitzthum (Estados Unidos)	55
CAPÍTULO V. <i>Un holandés en Catalunya.</i> <i>Sobre el Salvador, fútbol e integración.</i> Gerrit Jan Hoek (Holanda)	67
CAPÍTULO VI. <i>El misterio de la salchichada.</i> <i>De la diferencia y la similitud.</i> Reiner Wandler (Alemania)	83

CAPÍTULO VII. <i>Estudios comparativos. De cómo una inglesa aprendió a beber con dignidad y otras lecciones.</i> Elizabeth Nash (Reino Unido)	93
CAPÍTULO VIII. <i>Episodios nacionales. Vivencias de una mexicana en la vieja y la nueva España.</i> Patricia Alvarado (México)	105
CAPÍTULO IX. <i>La información veraz y las magdalenas. Pequeñas diferencias en la interpretación de un concepto.</i> Henk Boom (Holanda)	119
CAPÍTULO X. <i>España vista desde el arenero. Los niños, los mimos y lo contrario.</i> Cécile Thibaud (Francia)	133
CAPÍTULO XI. <i>El discreto encanto de la tradición. Por qué tantos hombres españoles se visten como en la serie Cuéntame.</i> Michela Coricelli (Italia)	143
CAPÍTULO XII. <i>La inexplicable paciencia de los españoles. Sorpresas de una francesa fogosa.</i> Martine Silber (Francia)	155
CAPÍTULO XIII. <i>¿Me entiende usted? De cómo los españoles son egocéntricos y cómo les va.</i> Werner Herzog (Suiza)	165
CAPÍTULO XIV. <i>Mis adorables vecinos. La verdad contada en las escaleras.</i> Martin Dahms (Alemania)	179
CAPÍTULO XV. <i>Portugal existe.</i> Nuno Ribeiro (Portugal)	193
CAPÍTULO XVI. <i>Cultura de palabras, cultura de silencios.</i> Masako Ishibashi (Japón)	205

CAPÍTULO XVII. <i>Mi intento de convertirme en español.</i> <i>Un alemán entre fútbol, ruido y reglas nuevas.</i> Peter Burghardt (Alemania)	215
CAPÍTULO XVIII. <i>Dulces horas.</i> <i>Mis inolvidables experiencias con las fiestas españolas.</i> Paul Ingendaay (Alemania)	227
Biografías de los autores	239

Dieciocho pares de ojos y un solo amor

Dieciocho corresponsales extranjeros en Madrid de diez nacionalidades diferentes —si es que la portuguesa es de verdad extranjera— se han reunido para ofrecernos su particular visión de una España que ya no es del todo cañí, pero tampoco parece, a juzgar por la recopilación del caso, haber ingresado con la convicción suficiente en el Primer Mundo; o, mejor, que se ha fabricado un Primer Mundo a su manera, con escotillas para no perder del todo de vista el pasado.

¿Coincidencias? Una universal y muy estruendosa que afecta a todos nuestros visitantes que no padezcan de sordera aguda, pero que se exponen gravemente a ella después de algunos años entre nosotros: lo fuerte que hablamos los españoles, circunstancia que lleva aparejadas conocidas secuelas como la rotundidad con que opinamos pero no dialogamos, la indiferencia profunda hacia lo que piense el prójimo, y ello no tanto por afán de contradicción como por desatención absoluta a todo lo que no haya sido antes de nuestra cuenta. ¿Entronización de tópicos? Algunos también, como la oficina siniestra, el temple curtido en todas las desidias de la burocracia oficial, la paciencia de Job necesaria para sortear los vericuetos de la administración,

la desorganización, la impuntualidad, el «viva-la-virgenismo» de los españoles con su inevitable subtexto de «eso-no-pasa-en-mi-país». Y alguna sorpresa como el capítulo de mi amiga, la ya ex corresponsal de *Le Monde*, Martine Silbert, que descubre en rigurosa primicia mundial que los españoles casi nunca protestan, son sumisos, seguramente algo indolentes y aquejados de fatalismo más o menos decorado de sabiduría de la vida, aunque también resultan acogedores, solidarios, positivos y optimistas.

Pero todo el libro está impregnado de simpatía, proximidad a los hechos, gratitud, conocimiento de una forma de vivir que recibe, en conjunto, una altísima nota por calidad, compañerismo, diversión, teatrillo de todas las peculiaridades locales o generales, tanto que lo que se deduce de la lectura de estas dieciocho versiones del quehacer de los españoles es que si España no existiera habría que inventarla, porque, si no, de qué escribirían los que nos visitan para quedarse una larga temporada, o en algunos casos de por vida, haciendo el canto de la extravagancia, la excentricidad, el folclore convertido en forma de vida. Es ésta, por tanto, una España básicamente verídica, pero a la manera almodovariana. Si el director de cine español ha tenido tanto éxito por ahí afuera, con especial trampolín internacional en la Francia que todavía se inspira en Merimée y Gautier, es porque cuesta despegar a España de la imagen de Grand Guñol que nuestros paseantes foráneos de Jorgito Borrow, el de las biblias, hasta el último en llegar, ayer mismito por la tarde, han popularizado de nuestro país.

De la lejanía o la proximidad relativa del lugar de procedencia de los corresponsales se deduce, por lo general, la

apertura del angular con que nos contemplan. A mayor proximidad, más acercamiento detallista, estrechamiento del objetivo, utilización de la lupa para hacer una entomología apresurada del momento, el suceso, el pintoresquismo diminuto, hasta el extremo de que alguno ha tenido la suerte de captar el instante jamás repetido, ni antes ni después, como el del camarero que fabrica vino rosado delante del cliente, mezclando los contenidos de una botella de tinto y otra de blanco; y, de la misma forma, a mayor distancia cultural, el diafragma se amplía hasta abarcar lo omnigenérico, como la japonesa Masako Ishibashi, que nos mira con el entrañable y ameno estupor con que nosotros miraríamos a una tribu masai, o a los propios ciudadanos del archipiélago nipón.

También hay verdaderos trabajos de investigación socioetnológica, como el del suizo Werner Herzog, en los que se pasa revista y desentraña con formidable agudeza características muy ciertas de lo español —¿o deberíamos decir «castellano»?— encarnadas en el empleo del «mi» y el «yo», como en «me voy a operar», «doy clase», «me examino», locuciones todas en las que se niega al prójimo que nos opera, da clase o examina, cualquier clase de protagonismo; el otro es sólo un instrumento de nuestra voluntad, del que nos servimos en una impagable apología del «yoísmo». O la deliciosa pieza de la inglesa Liz Nash, otra gran amiga, en la que nos da una lección magistral sobre lo que es beber bien, comportarse con dignidad en medio de una controlada nube de vapores alcohólicos, al tiempo que la autora —ya diez años entre nosotros— caracteriza el estilo aleve y transeúnte del español cuando «va de copas» como una especie de vía crucis al revés, hecho de bonhomía y placer de vivir.

Y, entre todos ellos, un capítulo que considero modestamente antológico, como es el del corresponsal portugués de *Publico*, Afonso —Nuno— Ribeiro, colega entre los colegas, prodigio de tenacidad de lo lusitano que se niega a diluirse en el aguarrás de lo hispánico con su afectuosísima reclamación a los españoles de que piensen que Portugal existe, que la similitud y la contigüidad hasta geográfica no dan ningún derecho a mirar directamente al océano por encima de la cabeza de Lisboa. Un fado de cariño, comprensión, buen derecho y autoridad para hablar de dos nacionalidades tan siamesas como las ibéricas.

En resumen, un bello, amable, divertido caleidoscopio de miradas próximo-lejanas sobre España, desde la que se funde sin fricción posible con el paisaje de la mexicana Patricia Alvarado —no en vano, natural de la Nueva España— hasta la esforzada conquista y apropiación de lo español por el alemán Peter Burghardt. Dieciocho verbos en estado de gracia que corresponden a cinco periodistas alemanes y un suizo —luego, nada menos que seis de ellos de lengua germánica—, dos británicos, dos franceses, dos holandeses —uno de ellos con esa vinculación tan especial entre Barcelona y los Países Bajos llamada Johan Cruyff— y uno de cada país para Estados Unidos, Finlandia, Italia, Japón, México y Portugal. ¡Ojalá fuéramos tan estupendos como estos queridos corresponsales a menudo nos pintan! A todos ellos, paz y felicidad, cualquiera que sea su próximo destino aún sin salir de esta misma tierra, que será ya para siempre también la suya.

MIGUEL ÁNGEL BASTENIER
Periodista de *El País*.

CAPÍTULO I

Picadillo español

Los británicos al asalto del país

Edward Owen (Reino Unido)

No parecía precisamente un buen augurio para mi nueva vida: el coche había quedado confiscado en el puerto de Santander, con mis escasas pertenencias dentro y sin dinero para pagar los derechos de aduana.

Pero, al menos, aprendí rápidamente las dos primeras lecciones sobre los españoles. Jamás hay que enseñarles un documento oficial, a no ser que el funcionario de turno se ponga muy arisco, y jamás hay que enviar flores a una chica española con una madre ambiciosa.

Decidí volver a España, entre otras cosas, porque en viajes previos había tomado cariño al país y a sus gentes. Además, después de recorrer el mundo entero, mi país natal, Inglaterra, ya no me parecía el centro del universo. España, en cambio, tenía un clima saludable, un paisaje gloriosamente variado, un vino y una gastronomía sensacionales, y, aunque en 1980 ya era un país donde las cosas buenas de la vida no salían gratis, desde luego eran mucho más baratas que en la mayor parte del fiscalizado mundo occidental.

Al volver la vista atrás, es obvio que fue un tremendo error acudir al consulado español en el Reino Unido. Pero en aquel entonces España no pertenecía a la Unión

Europea, y mucho menos al Tratado de Schengen, y como tenía intención de trasladarme allí, pensé que me convenía tener los documentos necesarios. A los empleados del consulado les encantó poder darme un montón de impresos polvorientos y pedirme que los rellenara, alegando que era una simple formalidad. Debería haber sospechado algo cuando me dijeron que casi ningún ciudadano británico se tomaba en serio el tema. Pero a mí me encantaba España, precisamente por su actitud relajada y, muerto Franco, di por hecho que se habrían acabado todas las formalidades... pues mentira, y gorda.

En aquel entonces, casi todos los británicos que vivían en España eran individuos que habían ido de vacaciones y se habían quedado a vivir. Como no existía un tratado de extradición entre el Reino Unido y España, algunos salían de su país con muchas prisas y un considerable exceso de equipaje. Ellos estaban entre los afortunados a quienes las autoridades españolas apeaban apresuradamente del *ferry* Plymouth-Santander, enviándoles sin problemas hacia su nueva vida bajo el sol, mientras a mí me detenían... por ser demasiado legal.

Lo cierto es que el guardia civil en ningún momento me pidió otra cosa que el pasaporte, pero, como había tardado meses en conseguir toda una ristra de pólizas y sellos consulares, decidí que el hombre iba a verlos, quisiera o no. Muy orgulloso, se los enseñé. Decir que se quedó desconcertado sería poco. Se rascó la cabeza, lo consultó con los demás funcionarios y me indicó con un movimiento de mano que esperase en lo que parecía un aparcamiento abandonado.

Él no hablaba inglés y yo, por aquel entonces, lo único que sabía decir en español era: «cubalibre, por favor, gracias», cosa que podría parecerle algo descarada.

Me dejaron solo y abandonado. Cuando ya no quedaban vehículos en el *ferry*, el funcionario regresó con una guapa joven española. Carmen me explicó que era agente de aduanas y que era ella quien tenía que dar el visto bueno a mis documentos para recuperar mi coche y mis pertenencias. También me dijo que era la hora de comer, que no esperaban la llegada de ningún otro barco y que más me valía que me buscara un hotel.

Dos días después, tenía quinientas libras esterlinas menos —el precio del arancel aduanero— y estaba empezando a enamorarme. Pero lo que no me podía imaginar era que mi matrimonio estuviera a la vuelta de la esquina. Como caballero inglés que soy (en fin, se hace lo que se puede), había enviado un ramo de flores al despacho de Carmen para agradecerle su asistencia profesional sin imaginar que su madre iba a verlo. Sin embargo, parece ser que ese pequeño gesto era el equivalente a una propuesta de matrimonio.

Apenas unas horas después, me vi sentado en el bar de un hotel elegante donde el tío de Carmen, a quien me presentó la orgullosa madre, quiso sonsacarme en cuestión de minutos la historia completa de mi vida y el precio exacto de nuestra futura casona en la costa, incluyendo el tamaño de la piscina, el número de habitaciones, las dependencias para la abuela y otros detalles. A todo esto, debo añadir, para precisar, que cuando llevé a Carmen a cenar la madre vino también. Y no se despegó de su hija en el bar al que fuimos después, ni en la discoteca...

Cuando por fin logré huir en dirección a Madrid, me juré a mí mismo no volver a complicar la vida a los funcionarios españoles, ni mandar más flores a nadie. Jamás. Al fin y al cabo, yo sólo quería conseguir una habitación cerca del mar, subsistir con una barra de pan y una lata de sardinas diaria, y escribir al fin «mi gran novela». Pero en mis cálculos no había contado con Madrid.

Madrid le absorbe a uno en su vorágine hedonista. Parece una ciudad empeñada en compensar que no tiene un río ni una playa como Dios manda. Para las personas procedentes de una sociedad con horario de nueve a cinco, y una hora para comer, donde la mayoría de la gente ya está tranquilamente en su casa a las ocho de la tarde, el estilo de vida español es una juerga. Ciertamente que quizá sea tan sólo una agotadora pérdida de tiempo, un simple prelude al frustrante síndrome matinal, pero, como sucede siempre que se juntan varios conductores madrileños, la anarquía se impone y cada uno hace lo que le da la gana. En Madrid hay una enorme sensación de libertad y los días parecen más largos que en ninguna otra gran capital occidental.

Yo compartía alojamiento con el corresponsal del *Daily Express* en Madrid, Roy Rutter, gran lingüista y también muy partidario de lo español. Su apartamento daba al parque del Retiro y desde allí me metió de cabeza en su apasionada versión de la vida española, dejándome una profunda huella en el cerebro y en el hígado. A principios de los años ochenta, la zona de la plaza de Santa Ana y la calle Huertas estaba empezando a ponerse de moda. En la Cervecería Alemana, Roy recibía todas las noches a una corte de profesores de inglés, en su mayoría sin blanca y

procedentes de ambos lados del Atlántico, pero todos ansiosos de conseguir un trago gratis.

Primero se servían enormes cantidades de bebidas alcohólicas y después tenía lugar la confraternización con las *señoritas*. Comparadas con las londinenses, que en su mayoría siguen embadurnándose con toneladas de maquillaje para intentar mejorar algo, la belleza natural de las españolas es una maravilla. Y no son tan distantes como las anglosajonas. Te miran directamente a los ojos.

Cuando la asistenta llegaba al apartamento de Roy, a las ocho de la mañana, lo primero que hacía casi siempre era vaciar los ceniceros y servir otra ronda de bebidas en torno a la mesa de juego antes de despertar al adormilado *bailaor* flamenco de turno.

Al empezar a escribir en el *Daily Express* y su todavía más amarillista «mozo de cuadras», *The Star*, descubrí que los prejuicios y tópicos británicos sobre España eran abundantes en la prensa. Afortunadamente, el mote *spick*¹ no se usaba tanto para aludir a los españoles como el de *rana* para los franceses. Sin embargo, las historias sobre hoteles abandonados a medio construir, camareros lascivos y ladrones, atracos violentos en las carreteras, coroneles grotescos organizando golpes de Estado, agua no potable, tapas con salmonelosis, aeropuertos peligrosos, ladrones ingleses huidos de la justicia, gibraltareños asediados y

¹ Adjetivo despectivo; alude a la mala pronunciación de la palabra inglesa *speak*. Con ese vocablo los anglosajones se refieren, en general, a los emigrantes de origen latino. En cuanto al término *rana*, más benevolente, que suele aplicarse a los franceses, el origen es incierto, pero podría ser una ironía referente al acento francés o a la costumbre francesa de comer ancas de rana. (*N. de la T.*)

crueledad con los animales —sobre todo toros y cabras— estaban a la orden del día.

Sin embargo, los británicos se permitían el lujo de ser hipócritas en cuanto a las corridas de toros. Se proclamaban rendidos admiradores de *El Cordobés* y acudían en masa a emular a Hemingway —adornando sus blancos atuendos de *cricket* con fajines y boinas rojas— en los gloriosos sanfermines de Pamplona, una de las fiestas más populares y más interminables que existen.

Los españoles deberían saber que en Gran Bretaña existe la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales (RSPCA), mucho más rimbombante que la Sociedad Nacional para la Prevención del Maltrato a Menores (NCPC). Por tanto, cuando Roy escribió la historia de un toro que se había librado provisionalmente de morir en el ruedo por haber protegido a un mozo de cuadras, los lectores del *Sunday Express* enviaron miles de libras para salvar al animal.

Al saber que la criatura ya había pasado a mejor vida, Roy se quedó algo desconcertado y no le quedó más remedio que comprar otro toro, a escondidas, para no desilusionar a los lectores. Sin embargo, no pudo evitar el desastre. El director del periódico se personó en Madrid y exigió ver al toro del *Sunday Express*. Como primera medida, Roy le atiborró con un opíparo almuerzo madrileño y después le sentó en su desvencijado Ford Capri para llevarlo a Salamanca.

De repente, al norte de Ávila, Roy detuvo el coche bajo el sol abrasador, miró a lo lejos hacia unos puntos negros que pastaban en el horizonte, los señaló con el dedo y gritó:

—¡Es ése de ahí!

—¿No podemos acercarnos un poco más? —preguntó el director, medio aturdido.

—¡Es demasiado peligroso! —gritó Roy, dando la vuelta para regresar a Madrid.

No uno, sino dos periódicos británicos declararon haber comprado y salvado al siguiente animal español... un burro. El culebrón del burro *Blackie* acaparó los titulares de la prensa británica durante días, castigando a la raza española en masa por su despiadada crueldad con los animales.

El 15 de febrero de 1987, el periódico *El País* publicaba un anuncio de la Asociación para la Defensa de los Derechos del Animal (ADDA). Pedía apoyo para impedir que los habitantes de Villanueva de la Vera, en Cáceres, celebraran su rito carnavalero anual de torturar hasta la muerte a un burro bajo el peso del hombre más gordo del pueblo.

La agencia de noticias UPI difundió la noticia, de la que rápidamente se hizo eco Bill Bond, el corresponsal del *Daily Mail* en Madrid. Sin más dilación, el periódico envió al veterano reportero y fotógrafo Derek Ive al lugar de la noticia, un pueblo medieval del sur de los montes de Gredos. En realidad, el burro que habían comprado para la fiesta de Pero Palo se llamaba *Moreno*, pero Derek demostró su sensatez al rebautizarlo como *Blackie*, un nombre más adecuado para el público inglés.

El *Daily Mail* se escandalizaba ante el «salvajismo que estigmatiza el alma enferma de España» y se preguntaba si sería posible sacar al pueblo en cuestión de su funesto medievalismo. Los portavoces de ADDA aseguraban que el

burro había sido maltratado durante una beoda escenificación de la captura y ejecución de Pero Palo, un legendario bandolero.

The Star (que vende casi millón y medio de ejemplares) se puso en contacto conmigo y me pidió que comprara a *Blackie* para salvarlo, pero lo mismo pidió *The Sun* (con una tirada de cuatro millones de ejemplares) a su reportero enviado desde Londres. Todo el cuerpo de prensa británico destacado en Madrid levantó el campamento y se instaló en el razonable alojamiento del Parador Nacional de Jarandilla, donde se le unieron aún más equipos enviados desde Londres y varios activistas defensores de los derechos de los animales, entre los que estaba Vicki Moore². Los periodistas y reporteros británicos de radio y televisión abarrotaron la bonita plaza mayor de Villanueva el día previo al comienzo de las fiestas del pueblo y los lugareños, que iban bien abastecidos de «combustible», mostraron una comprensible animadversión.

Ni *The Sun* ni yo habíamos podido comprar el burro *Blackie* antes de que empezaran las fiestas, al día siguiente por la mañana. Como era costumbre, varios jóvenes sacaron al burro por la puerta principal del ayuntamiento, atado con una cuerda. Al ver aparecer el animal, los equipos de televisión que estaban esperando en el balcón de encima salieron con sus cámaras, justo en el momento en que los lugareños disparaban sus trabucos al aire. Aterrorizados,

² Vicki Moore es una activista británica, fundadora de la organización FAACE (Fight Against Animal Cruelty in Europe), contra los espectáculos en los que se trata cruelmente a los animales. Su entrega a la causa fue tan decidida que estuvo a punto de morir corneada por un toro en la población cacereña de Coria.

cayeron hacia atrás, unos encima de otros, chamuscados por los disparos.

Independientemente de lo que hubiera pasado en años anteriores, *Blackie* logró sobrevivir a la fiesta y volver a la cuadra mientras los activistas lloraban su desgracia. Por suerte, los periodistas británicos se enteraron de que el dueño de *Blackie* tenía un chiringuito a las afueras del pueblo. Cuando llegué, el enviado de *The Sun* se estaba haciendo una foto dando dinero al dueño de *Blackie*. Di por hecho que había perdido la batalla, pero al saber que el hombre de *The Sun* se había quedado con el dinero, pasé a la acción.

Félix Cantalejo me vendió a *Blackie* por 55.000 pesetas y, después de gastarnos otro tanto en bebidas, volvimos dando traspies al parador a preparar nuestros reportajes. Don MacKay, el periodista enviado por *The Star* desde Londres, me dijo aterrorizado que había oído al reportero de *The Sun* contar a su redacción que había comprado el burro. Tuve que volver corriendo al quiosco, acompañado del fotógrafo Stan Meagher, para que el bueno de Félix me diera un recibo, que enviamos por el transmisor de fotos.

Esa noche, cuando degustábamos una sabrosa cabra asada en un ameno bar de Jarandilla llamado La Puta Parió, se armó una zapatista de mucho cuidado. *The Sun* comunicó a su reportero, Huw Whittow, que su titular de portada «Nosotros salvamos a *Blackie*» había aparecido a la vez que la primera plana de *The Star*, encabezada con la frase «¡Te pillamos!» («Gotcha!»), famoso titular de *The Sun* cuando Inglaterra hundió el buque *Belgrano* en la guerra de las Malvinas. Pero nuestro reportaje llevaba incluido el recibo.

Preso del pánico, Huw me ofreció varios miles de libras por traspasar la propiedad de *Blackie* de *The Star* a *The Sun*. Huelga decir que fue la ética profesional, y no la matraca de mis compañeros histéricos, lo que me hizo rechazar el dinero de Rupert Murdoch.

Al día siguiente, temprano, desayuné alegremente un café con huevos, chorizo y un sol y sombra en el chiringuito de Félix mientras pensábamos en la mejor manera de sacar a *Blackie* de la cruel España para llevarle a un sitio llamado el Santuario de los Burros de Devon, en el Reino Unido. Pero mi contemplación de aquel maravilloso valle se vio bruscamente interrumpida. Merodeando entre los árboles estaban Huw Whittow y su fotógrafo, buscando a *Blackie*. No había duda. Era un intento de secuestro.

Tras jugar un poco al ratón y el gato, por fin conseguí llevarme a *Blackie* a Inglaterra, donde *The Sun*, aún furibundo con *The Star*, declaró que al animal no le iba a gustar nuestro clima, ni sabía hablar nuestro idioma. El embajador español en Londres envió una carta de protesta a *The Sun*, que la publicó bajo el elegante titular de «Muchos cojones», literalmente.

Vicki Moore, portavoz de la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales (RSPCA) y activista pro derechos de los animales, volvió muchas veces a España para protestar contra el salvajismo de las fiestas populares y en uno de sus actos recibió varias cornadas de un toro. Moore murió de cáncer pocos años después. Y el Santuario de los Burros de Devon se hizo famoso.

Desde entonces, la prensa británica ha denunciado el lanzamiento de cabras desde campanarios de iglesias, la decapitación de gallos por parte de jóvenes a caballo y

las carreras de toros con los cuernos incendiados. La Asociación para la Defensa de los Derechos del Animal (ADDA) ha hecho una gran labor para concienciar a los españoles de la brutalidad de algunas de sus fiestas populares, pero la prensa británica ha tenido que aceptar su derrota frente a las corridas de toros, la fiesta nacional.

Otro frenesí de la prensa británica en España era las visitas anuales del príncipe Carlos, la princesa Diana y sus hijos. Quizá una de las mayores diferencias entre la prensa británica y la española radica en el estilo periodístico con que tratan a sus correspondientes familias reales. Si en España los medios abordan respetuosamente a la Familia Real española, en general, y la vida privada de cada miembro, en particular, en el Reino Unido parece suceder todo lo contrario.

Aunque ambas familias están unidas por su sangre azul, sus respectivos estilos de vida podrían llevarnos a pensar que viven en épocas totalmente distintas. Amplios sectores de la prensa sensacionalista publican reportajes sobre los desventurados Windsor y venden millones de ejemplares adicionales gracias a la difunta princesa Diana. La monarquía británica es tan antigua que criticarla ya no se considera una traición, sino un deporte nacional.

En España, donde la monarquía tradicional se restauró tras la muerte del general Franco en 1975, da la sensación de que nadie quiere echar leña al fuego y, de momento, la cosa parece funcionar bastante bien. De hecho, el rey ha ejercido de valiente mediador en una serie de conflictos internacionales, a menudo aludiendo a los lazos históricos que unen a Europa con los países árabes,

y fue una pieza clave en la Conferencia de Paz para Oriente Próximo que se celebró en Madrid en 1991.

Las encuestas de opinión demuestran que, en su país, el rey Juan Carlos supera en popularidad incluso al Papa. De vez en cuando, los medios se cuestionan veladamente la idoneidad de algunos de sus amigos, pero la rama actual de los Borbones está libre de escándalos en comparación con sus primos ingleses.

Todo sería distinto si la prensa española contara —como la británica— con un grupo de periodistas dedicado exclusivamente a intentar sonsacar historias escabrosas a los miembros de la familia real. En Inglaterra, esta cuadrilla se conoce como el «Cuerpo de Prensa Real». Yo tuve el dudoso honor de trabajar con ellos durante dos visitas que hicieron a España el príncipe Carlos y la princesa Diana, y fue una experiencia fascinante.

Si Carlos se enfrascaba con sus acuarelas y Diana salía en alguna foto mirando lánguidamente al rey de España, ya había campo abonado para la especulación. Un día, Diana se instaló cómodamente en la popa del yate *Fortuna* para dar a los fotógrafos la carnaza que estaban esperando. Algunos reporteros tenían instalados en su habitación de hotel unos aparatos especiales (esto ocurrió antes de la época de la tecnología digital), con líneas telefónicas particulares para poder comunicarse con su propio periódico y, luego, ganar cantidades astronómicas de dinero vendiendo las fotos al resto del mundo.

Por desgracia, en España, cada vez se tiende más a imitar lo malo del periodismo sensacionalista británico y de otros países, con periódicos de tirada millonaria y cadenas de televisión que fabrican programas cutres de realidad

en directo dedicados a hacer famosos a los *don nadies*. No logro entender cómo los españoles toleran que sus hijos vean esa mezcla diaria de telebasura y pornografía.

Da la sensación de que una gran parte de la mala intención que define los programas y revistas de cotilleo procede de la envidia, quizá el peor defecto de los españoles. En Madrid tuve ocasión de experimentarlo en carne propia.

Cerca de donde yo vivía, en Madrid, un hombre conocido en el barrio tenía una pequeña tienda, donde vendía pollos y huevos. Todos lo llamaban «Juan el de la pollería», pero el mote a menudo se vulgarizaba, porque siempre tenía detrás a un puñado de cariñosas amas de casa, que normalmente tenían que sacarlo a rastras del bar para conseguir comprarle algo.

Un buen día caí en la cuenta de que la tienda de Juan llevaba una semana entera cerrada y fui al bar a preguntar por él. El dueño me miró muy serio y se puso tenso antes de hablar, como si se le fueran a saltar las lágrimas. Al verlo, me esperé lo peor, un infarto, un accidente de coche, en definitiva, oírle decir que Juan estaba «en algún lugar del cielo».

—Ha ganado doscientos millones de pesetas en la lotería —me dijo el dueño del bar.

Aún con el rostro serio, se apartó para atender a un cliente. Yo estaba atónito. ¿Sería una broma? ¿Por qué no sonreía al contarle? ¿No tendría que alegrarse ante semejante noticia de un buen cliente que siempre había alegrado el local con sus ocurrencias? La envidia española no es un espectáculo agradable de ver.

Lo que sí es una experiencia maravillosa en España es lo que ellos llaman «tener un detalle». Por supuesto,

cualquier español sabe perfectamente lo que quiere decir el término, que normalmente está relacionado con un «enchufe»; es decir, un acto de favoritismo. En otros países, pedir sin rodeos un favor a cambio de otro es algo completamente normal, pero, en España, el proceso es más enrevesado.

Dado que la burocracia española sigue siendo una pesadilla —una probable herencia de los tiempos de Franco—, obtener un documento oficial es algo verdaderamente agotador. Para conseguir la licencia de importación de mi coche acabé pidiendo ayuda a un vecino, que se negó en redondo a aceptar ningún pago o regalo. Pero, al cabo de un tiempo, llegó el momento de devolverle el favor. El hombre me pidió que usara como tapadera mi trabajo de periodista para averiguar ciertos datos en un ministerio, cosa que hice.

Los peores burócratas son los que trabajan en una «ventanilla», tras un cristal que les separa del público al que atienden. Cuanto más larga es la cola que tienen delante y más humillada está la concurrencia, más importantes se sienten. En otros tiempos, debieron serlo, y mucho, en la dependencia ministerial que renovaba los carnés de identidad perdidos, donde las colas a veces daban la vuelta a la manzana. Esto ocurría cuando las perezosas oficinas de Correos del país entero no abrían por la tarde —momento del día en que las empresas suelen hacer sus envíos—. En 2005, el premio se lo lleva la Dirección General de Tráfico de Arturo Soria, en Madrid, donde miles de personas se hacinan como ganado todos los días. Y sus incompetentes funcionarios, que explican a los españoles cómo tienen que conducir, parecen sorprendidos

ante el espeluznante número anual de víctimas mortales en accidentes de tráfico.

Obviamente, a mí muchos españoles me pueden tomar por el enésimo extranjero despectivo con un acento espantoso e incapaz de apreciar su forma de vida. Es cierto que los *guiris* deberíamos aceptar que España es diferente, pero algunas de sus particularidades producen una mezcla de tristeza y risa. Por ejemplo, el «síndrome de *Bienvenido, Mister Marshall*» —pensar que todos los extranjeros son ricos— todavía existe en España.

Un amigo londinense compró una casa en la llamada «Sierra Pobre» de Madrid. Al enterarse, los lugareños decidieron que aquello era como si les hubiera tocado la lotería. Los presupuestos de construcción que pedían eran diez veces más altos que los habituales en España. Un vecino quería cobrar varios miles de euros por dejar pasar ocasionalmente un vehículo por uno de sus campos. Los precios de los bares locales también se dispararon, pero sólo para los extranjeros.

Pese a todo ello, mi historia de amor con España continúa. Como sucede en toda relación intensa pero gratificante, tiene que haber un toma y daca, una capacidad de compromiso sin actitudes egoístas. Este mundo lo tenemos que compartir todos. Y en cuanto a España se refiere, ya lo dijo el mismísimo Cervantes: «Nunca lo bueno fue mucho».

Traducción de Gabriela Bustelo

